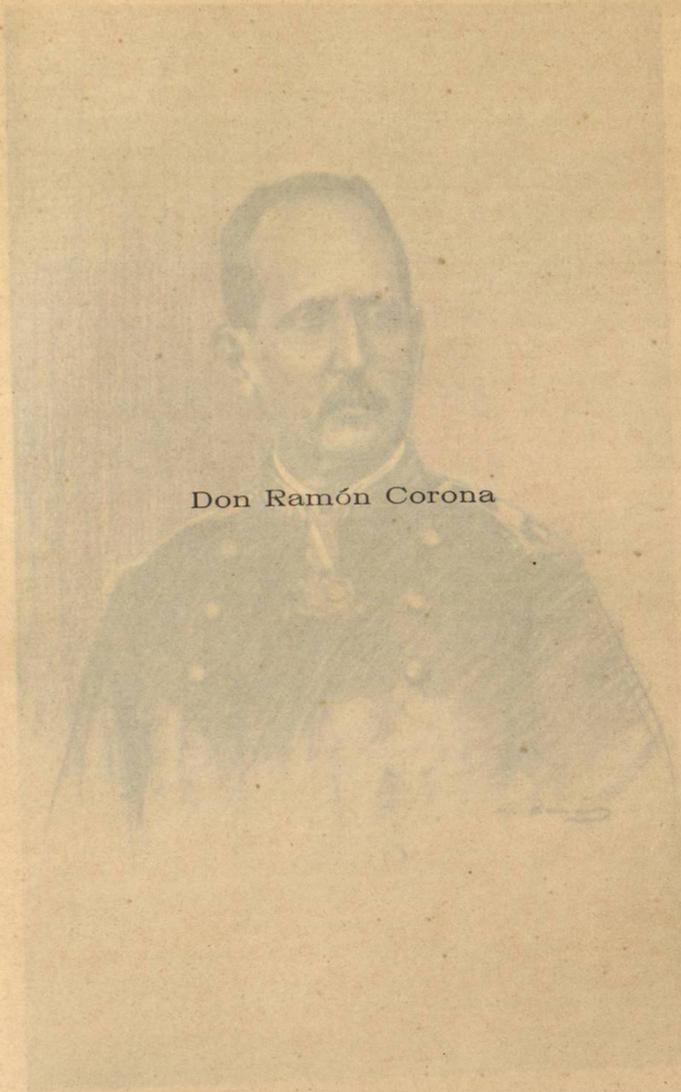


que el mismo Maximiliano se retirará muy en breve del país, dejando la situación en manos del partido republicano.» El general Díaz rechazó el ofrecimiento y se negó á entrar en relaciones con el archiduque, pues como jefe de un cuerpo de ejército, no podía dar oídos á proposiciones de arreglo político. Para evitar sospechas, hizo público el hecho en una carta que tradujo al inglés THE HERALD de Nueva York. Como M. Burnouf llegó á Acatlán cuando ya había salido Maximiliano para Querétaro, se ve que sus ofrecimientos al general Díaz fueron notablemente desleales para los conservadores, puesto que emprendía una campaña apoyándose en los mismos á quienes pretendía traicionar.

☉ La respuesta de Lares á la carta de Maximiliano contenía un consejo que sólo podía darse por un traidor y aceptarse por un imbécil. Así lo califica D'Héricault y con él muchos historiadores del malaventurado Imperio. Para nosotros, no hay razón en acusar á los conservadores. Se trataba de impedir que abdicara Maximiliano, poniéndolo al frente de sus tropas y sustrayéndolo á la influencia de los desfallecimientos de aquellos días. Los conservadores sabían sin duda que Maximiliano podía dejar la carga de un momento á otro; pero sabían también que una espada se suelta menos fácilmente que un cetro, y querían solidarizar definitivamente al Emperador con el partido que solicitó la intervención europea. Nada más natural; nada más justo.

☉ Si hubo algún traidor, ése fué Maximiliano, que aguardaba la respuesta del general Díaz y tenía en proyecto una tentativa semejante para entrar en arreglos con el Presidente, que no podían ser favorables al partido conservador. Los conservadores querían igualmente los arreglos con Juárez, pero públicos, y sobre todo procurando las probabilidades de buen éxito, por lo que no debían emprenderse antes de que se obtuviese alguna ventaja militar. Bien sabían que Juárez no dejaría que se discutiesen sus títulos. Había, pues, que partir de la base de la legalidad republicana. Solicitaban cosas en general muy justas, muy convenientes para el país y salvadoras para ellos: la amnistía; la derogación de las leyes de proscripción en beneficio de los que no quedasen comprendidos en la amnistía; la creación de un Senado; la inamovilidad del poder judicial; la restitución de los derechos de voto al clero; la elección directa de presidente y de diputados; la libertad á las corporaciones para adquirir bienes, con enajenaciones periódicas de los valores muebles; el reconocimiento de la deuda interior y de ciertos actos del Imperio. Había base para discusión: algo podía concederse; algo se negaría. Estos arreglos, en todo caso, no eran las maquinaciones tortuosas de Maximiliano, que ni podían conducir á un resultado serio, ni debieron emprenderse á espaldas de los comprometidos por la intervención.

☉ Militarmente, no había falta de juicio en el plan de Lares. Concentrar nueve ó diez mil hombres en Querétaro y hacer con ellos una campaña vigorosa, no tenía visos de quimera á mediados de febrero de 1867. Maximiliano llegó el 19 á aquella ciudad y ocho días después podía haber salido contra Corona, podía haberlo derrotado, y, con la refundición de los prisioneros, atacar á Escobedo y derrotarlo también ó retirarse para unir todas las fuerzas del Imperio tomando las de Puebla y Méjico, á fin de presentar batalla cerca de la capital.



Don Ramón Corona

que el mismo Maximiliano se retirará muy en breve del país, dejando la situación en manos del partido republicano. El general Díaz rechazó el ofrecimiento y se negó á entrar en relaciones con el archiduque, pues como jefe de un cuerpo de ejército, no podía dar oídos á proposiciones de arreglo político. Para evitar sospechas, hizo público el hecho en una carta que tradujo el inglés THE HERALD de Nueva York. Como M. Burnouf llegó á Acatlán cuando ya había salido Maximiliano para Querétaro, se ve que sus ofrecimientos al general Díaz fueron notablemente desleales para los conservadores, puesto que emprendió una campaña apoyándose en los mismos á quienes pretendía traicionar.

La respuesta de Larrea á la carta de Maximiliano contenía un consejo que podía pasar por un traidor y aceptarse por un imbécil. Así lo calificó D'Harcourt y con él muchos historiadores del malaventurado Imperio. Para nosotros, no hay razón en acusar á los conservadores. Se trataba de impedir que abdicara Maximiliano, poniéndolo al frente de sus tropas y sustrayéndolo á la influencia de los desaltecimientos de aquellos días. Los conservadores sabían sin duda que Maximiliano podía dejar la carga de un momento á otro; pero sabían también que una espada se suelta menos fácilmente que un cetro, y querían solidarizar definitivamente al Emperador con el partido que solicitó la intervención europea. Nada más natural; nada más justo.

Si hubo algún traidor en la respuesta del general Díaz y toda en proyecto una tentativa semejante para entrar en arreglos con el Presidente, que no podían ser favorables al partido conservador. Los conservadores querían igualmente los arreglos con Juárez, pero públicos, y sobre todo procurando las probabilidades de buen éxito, por lo que no están emprenderse antes de que se obtuviese alguna ventaja militar. Bien sabían que Juárez no dejaría que se discutiesen sus títulos. Había, pues, que partir de la base de la legalidad republicana. Solicitaban cosas, en general muy justas, muy convenientes para el país y salvadoras para ellos: la amnistía; la derogación de las leyes de proscripción en beneficio de los que no quedasen comprendidos en la amnistía; la creación de un Senado; la inamovilidad del poder judicial; la restitución de los derechos de voto al clero; la elección directa de presidente y de diputados; la libertad á las corporaciones para adquirir bienes, con enajenaciones periódicas de los valores muebles; el reconocimiento de la deuda interior y de ciertos actos del Imperio. Había base para discusión; algo podía concederse; algo se negaría. Estos arreglos, en todo caso, no eran las maquinaciones tortuosas de Maximiliano, que ni podían conducir á un resultado serio, ni debieron emprenderse á espaldas de los compromisos de la intervención.

Militarmente, no había falta de éxito en el plan de Larrea. Concentrar nueve ó diez mil hombres en Querétaro y emprender una campaña vigorosa, no tenía visos de quimera á mediados de febrero de 1867. Maximiliano llegó el 19 á aquella ciudad y ocho días después podía haber salido contra Corona, podía haberlo derrotado, y, con la restitución de los prisioneros, atacar á Escobedo y derrotarlo también ó retirarse para unir todas las fuerzas del Imperio sitiando las de Puebla y Méjico, á fin de presentar batalla cerca de la capital.



☛ El plan de Lares era bueno, siempre que primero se combatiere y luego se abriesen las negociaciones si había lugar á ellas; pero mientras se combatiere no había que pensar en la diplomacia. Esto último fué lo que hizo Maximiliano, permaneciendo en completa inacción militar hasta el día en que, reunidas las fuerzas de Escobedo y Corona, fué ya imposible atacar.

☛ Lares había querido evitar los efectos de las rencillas entre Márquez y Miramón, proponiendo que Maximiliano mandase personalmente el ejército, porque ignoraba que había menos discordias entre dos generales envidiosos que entre los incoherentes puntos de vista de un psicasténico.

☛ Reducido el ejército de Querétaro á una estricta defensiva, todavía pudo salvarse con sus jefes. El 14 de marzo, Escobedo atacó la plaza y fué rechazado. El 20, Márquez propuso la salida con muy buenas razones militares. Su plan, sabiamente concebido como todos los planes de ese hombre en quien es preciso admirar sobresalientes dotes de inteligencia y de carácter, comprendía dos partes: la primera, reparar la falta de no haber atacado á Corona cuando lo separaban más de ciento cincuenta kilómetros de Escobedo, y la manera de reparar esa falta sería una batalla defensiva; la segunda parte del plan consistía en reorganizarse para dar una batalla decisiva cerca de la capital. Para la batalla defensiva, Márquez proponía organizar la marcha en el silencio de la noche, romper el sitio al amanecer por el camino de Celaya—cosa no sólo factible sino muy sencilla para verdaderos militares, como lo demostró el movimiento del 22 de marzo,—y después de esto, posesionarse de la Estancia de las Vacas con el frente á la ciudad, esperando allí al enemigo; derrotarlo si iba, ó seguir, si no iba, por el camino de Celaya, tomando al siguiente día por el de Acámbaro y al tercero por el de Toluca. Segunda parte del plan de Márquez: dar orden para que la guarnición de Puebla se replegase á Méjico y para que la de esta capital marchase al Monte de las Cruces, en donde se reuniría con la de Querétaro. Reforzados con 3,000 reclutas, estos tres contingentes alcanzarían la cifra de 20,000 hombres con 100 piezas de artillería, elementos más que suficientes para una batalla campal.

☛ Los jefes reunidos en Querétaro casi en masa aceptaban la primera parte del plan de Márquez, y sólo hubo discrepancia en el rumbo que se tomaría, pues Vidaurri propuso elegir para centro del Imperio su cacicazgo, ofreciendo que en Monterrey proporcionaría armas, municiones, gente y dinero.

☛ Mejía, que sólo tenía concepciones de guerrillero, desconfiaba de la posibilidad de una salida y propuso que se dejaran la artillería, las municiones, los equipajes y la comisaría, para salir en fuga por el camino de la sierra.

☛ El Emperador lloró al oír que se le proponía el abandono de sus elementos militares: era su primera campaña y le daba vergüenza presentarse en Méjico sin artillería ni trenes. Si, en vez de haber llorado, hubiera tomado en cuenta la formalidad con que Márquez, Miramón y Castillo le garantizaban el buen éxito de la operación que había concebido el primero, esa operación se habría efectuado; pero las palabras de Mejía determinaron una segunda vacilación, que fué la trampa en que perdió la partida, puesto que si á fines de marzo era posible aún

reparar la inacción de los últimos días de febrero, en abril sería ya tarde para reparar la indecisión de marzo.

☛ Resuelta la salida, voces misteriosas hablaron al oído de Maximiliano. El príncipe tenía ya tan bien dibujado en su espíritu el plan de salida, que, esclavo como siempre de los detalles pintorescos, había dado órdenes para que se le pusiese su tienda muy cerca de Méjico. «La fatal retirada fué resuelta, dice Arellano; el Emperador mismo, para asegurar la ejecución, dió conocimiento de ella, entre otras medidas, el 18 de marzo, al ministro de Guerra en Méjico. Le ordenó que dispusiese en los alrededores de la capital el campamento para el ejército, teniendo cuidado de que en el centro de él quedase la tienda imperial, pues Su Majestad no pensaba alojarse en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad.» Pero la retirada quedó en proyecto; venía de Márquez, y Miramón, que la apoyó cuando ignoraba su procedencia, la combatió después, poniendo en el empeño á su secuaz y adulador, Ramírez de Arellano, jefe de la artillería. Después de dos días de «secretos preparativos y de diversas vacilaciones», prevaleció Miramón. Este general se manifestó en sus diversas campañas carente de toda idea militar. Sus acciones eran brillantes y estériles coroneladas, muy aplaudidas, pero muy pobres de alta y aun de mediana estrategia. Con todo, su fortuna, su audacia, su popularidad y la impopularidad de Márquez, aun en su mismo partido, porque este general no tenía condiciones políticas para ser caudillo, dieron el primer lugar á Miramón. En Querétaro, puestos ambos jefes ante una autoridad que los nivelaba políticamente, tendió necesariamente á prevalecer el de mayor mérito militar, que era Márquez. El amargo despecho de Miramón reobró enérgicamente y determinó la catástrofe. He aquí el plan de coronel improvisador que se oponía al plan de buen general propuesto por Márquez: quedarse en una plaza doblemente cercada por la cadena de montañas y por un ejército numéricamente muy superior; atacar á este ejército, y, en el caso más que probable, casi seguro, de verse obligados á retirarse, hacerlo precisamente al interior de esa plaza maldita, cerrada, tumba de todos los defensores del Imperio. ¿Había una finalidad de verdadero soldado en ese programa que sólo contenía la presuntuosa certidumbre de aniquilar completamente á 15,000 hombres que diariamente aumentaban hasta pasar pronto de 25,000, con un ejército de 9,000? Sin embargo, éste fué el plan adoptado, cuando ya se sabía de fijo que Juárez no aceptaría ningún acomodo.

☛ Márquez fué enviado á Méjico para que volviese con tropas, dinero, artillería y municiones. Iba con el cargo de lugarteniente del Imperio, y le acompañaba Vidaurri, nombrado Presidente del Consejo de ministros y encargado de la cartera del departamento de Hacienda. Así resolvió Maximiliano la intriga contra Márquez, alejándole de Miramón, cuyo amor propio quedó satisfecho con una especie de dictadura militar en Querétaro, á la vez que se saciaba la cólera imperial contra las VIEJAS PELUCAS del Gabinete.

☛ Desde que Maximiliano rindió su primera jornada en el camino de Querétaro, sus pasiones de calumniador comenzaron á saciarse en los ministros. «Si las cartas se pierden, escribía al padre Fischer, es que INDUDABLEMENTE las han inter-

ceptado nuestros ministros : NO PUEDE SER DE OTRA MANERA.» Ahora bien, podía SUCEDER DE OTRA MANERA, pues se perdían á veces porque las interceptaba el enemigo, como lo prueban las que escribió en San Francisco el 15 de febrero, comunicadas á THE HERALD de Nueva York. Seguía contra sus ministros la campaña en cada renglón de su correspondencia : «Es más que indigno esto de que no se dé ni un centavo á los fieles servidores que dejé, según me escribe Schaffer.» Más adelante : «Sé que tratan de suprimir la secretaría privada. Ésta es una prueba de debilidad de parte de esos señores que ahora manejan el timón de la nave, por cuanto los débiles se espantan de la fiscalización y hacen la guerra á la capacidad de los demás.» Con Schaffer fué más explícito : «Sumamente desagradable fué para mí saber que los viejos pelucos de Méjico tienen tan poca deferencia que no pagan á la escasa servidumbre de la corte que allá se quedó. Ésta es la consecuencia que suele producir la mentira oficial, fundada en un mal entendido amor propio nacional. Si ellos pudieran y supieran decir honradamente que no tienen dinero, yo sabría acomodarme á la necesidad y andaría á pie.» Él sabía que LOS VIEJOS PELUCOS no tenían dinero, y era inútil que se llamase á engaño, puesto que en su carta del 10 de febrero se daba por sabedor de la situación hacendaria, diciendo : «El tesoro está agotado, y para hacer frente de una manera miserable á los gastos de algunos ramos de la administración, es necesario imponer préstamos forzosos, imposibles de realizar, aun por medio de los procedimientos más vejatorios, y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas.» ¿En dónde estaba, pues, la mentira oficial? Más culpable era él que los ministros, aceptando falsas promesas, si es que se las hacían, como él dice, y pidiendo fondos tan mal habidos para gastos de corte.

☛ Quejábase además el Emperador de que no se le mandasen las fuerzas austriacas que había en la capital y que consistían en los húsares de Khevenhüller y en el regimiento de Hammerstein. En el camino á Querétaro había pedido esas tropas; «pero los ministros — dice Basch, eco de Maximiliano — no quisieron aprontar dinero ni privarse del apoyo de las tropas extranjeras, que eran las más seguras : las órdenes del Emperador no se comunicaron á los comandantes.» Es verdad que en una carta á Fischer, escrita durante la marcha, habla de Khevenhüller, QUE VIENE CON SU REGIMIENTO; pero cuando, ya en Querétaro, hace acusaciones contra sus ministros, porque desatienden á los criados de la corte y violan el secreto de la correspondencia, no formula una sola reclamación por el envío de los austriacos. Lejos de eso, se expresa así dirigiéndose á SU QUERIDO CAPITÁN DE NAVÍO Schaffer : «La permanencia de usted en Méjico en las presentes anormales circunstancias, y, sobre todo, acabando yo de partir, era de absoluta necesidad; sin Fischer en el Gabinete, sin usted en el palacio y sin Khevenhüller y Hammerstein en el cuartel, todo aquello se hubiera ido á pique en las primeras veinticuatro horas.» Pocos días después, en carta escrita AL ESCLARECIDO PROFESOR BILIMEK, carta que no trataba de política, y cuya parte principal estaba dedicada á las chinches de Querétaro, «dotadas de un formidable aparato perforante y aspirante», habla en estos términos : «Schaffer se ha quedado en Méjico cuidándome la casa. Dejé en el palacio las tropas austriacas para ase-